

Advertencia

Con el propósito de honrar á nuestra Patrona, y para que ocupara la primera plana de este periódico, JUVENTUD encargó á nuestro paisano D. José Sánchez Solance un retrato de la Virgen. El Sr. Solance, como buen valdepeñero, cumplió nuestro encargo; pero remitido el dibujo á Madrid, esta es la bendita hora en que no ha llegado el cliché correspondiente, viéndonos obligados á publicar el número y lamentando que este nuestro deseo quede incumplido.

Ofrecemos á nuestros paisanos que en el momento de recibirlo, JUVENTUD hará una tirada especial que repartirá á sus lectores.

Dedicatoria

A tí, madre queridísima, consagramos y dedicamos este número con motivo de tu fiesta; y á la verdad ¿qué cosa más laudable y digna que dedicar JUVENTUD, en el primer año de su publicación, al llegar el día de la fiesta de la Virgen de Consolación, un número en honor suyo, como protesta de religiosidad y veneración? Sí, JUVENTUD, en nombre de Valdepeñas, tributa hoy este humilde y pequeño homenaje, á su amantísima Patrona, á la Reina de los Ángeles, á la Madre del Amor Hermoso.

Siempre, al llegar algún día notable, alguna fiesta en honor de algún santo, ó de algún varón ilustre, insigne, ó bien cuando se conmemora algún histórico acontecimiento, la prensa, el periódico, por regla general, dedica un número extraordinario para cantar los hechos gloriosos de sus héroes, ó las excelsas virtudes de sus santos. Pues bien; hoy que Valdepeñas celebra esa fiesta tradicional con tan grande entusiasmo, con tanta solemnidad, ¿no es muy justo, patriótico, valdepeñero, que JUVENTUD consagre un número á la excelsa Patrona de Valdepeñas, la Virgen de Consolación?

Sí, mil veces sí.

A tí, querida madre, va dedicado este humilde número; acoge y bendice nuestros buenos de-

seos, nuestros levantados fines.

María, mística rosa del jardín de la Iglesia; Estér fuerte, ánora de salvación, estrella de los mares, consuelo del afligido, madre de todos los hombres, fuente de sagrada inspiración, recibe en prueba de nuestros amores el obsequio que hoy te hacemos.

Bajo tu amparo nos ponemos; tiende una mirada compasiva, amorosa á tus hijos y dadnos esa paz espiritual que consueta y es el lenitivo para las almas que sufren.

Recibe, santa Virgen, esta corona pòetica que hoy te ofrecemos, este ramillete de delicadas y aromosas flores, de perlas literarias y derrama copiosísimas y abundantes gracias sobre este tu pueblo favorito, predilecto.

¡Bendita seas!

La Redacción.

Para la Virgen de Consolación

El poder de la hermosura

Caía la tarde. El sol, soberanamente hermoso, al descender por Occidente, desprendía de su cabellera de oro chispas luminosas, verdadero reguero de luz, fastuoso derroche de oriental belleza, que hacía más diáfana la siempre luciente bóveda del cielo español. El aire, adormecido y tibio, llevaba en sus ondas aromas y perfumes, efluvios de armonías y de besos; repicaban las campanas de la Iglesia, y su *tin-tin* alegre, ruidoso, juguetón, como es la juventud, producía en el cuerpo una intensa y grata sensación, un delicioso cosquilleo de sabor á gloria; en la espaciosa plaza, el pueblo soberano, impaciente, inquieto, nervioso, se estremecía y se empujaba, produciendo ese sordo *rup, rup* que semeja el oleaje de mar agitado y turbulento. Era que Valdepeñas festejaba á su excelsa Patrona, la Virgen de Consolación; era que Valdepeñas, que se rinde ante el poder de la hermosura, iba á rendirse y á prestar su homenaje más entusiasta y puro y á depositar su más pura ofrenda en el altar de la que es su madre y Patrona, la reina de la hermosura, la soberana de la belleza.

Digan lo que quieran los excépticos y piensen como les plazca los indiferentes, yo no conozco fiesta más típica y popular, más genuinamente valdepeñera, que la fiesta de Consolación.

Habrà para aquellos algo de pagano, pero pagana era Grecia, y el pueblo heleno, el que mejor y más hondamente sintió la belleza y supo expresarla en obras para siempre inmortales, arrullado por el Mediterráneo mar y por un cielo riente y estrellado, como el mar y cielo hispanos, aquél sirviéndole de alfombra para sus pies y éste de dosel y manto espléndidos de su corona, también celebraba las fiestas de sus Dioses con fastuosidad y lujo orientales, porque sus fiestas significaban el culto á la juventud, y la juventud es, además de fuerza y de poder, alegría y entusiasmo, belleza y hermosura.

Aquel pueblo, artista por temperamento y vocación, entusiasta adorador de la forma, idealizó á la mujer, prestándole su más rendido homenaje, el más reverente acatamiento. Y todo pueblo que rinde culto á la mujer,

que es gracia y hermosura, tiene corazón, siente; y cuando los pueblos sienten, su corazón está dispuesto á los mayores sacrificios, á las más heroicas empresas; y esos pueblos que así sienten, se quieren y se aman, viven y progresan, son inmortales, no perecen jamás.

No soy de los que, sistemáticamente, abominan y reniegan del pasado, ni execran ni maldicen el presente, ni desconfían y recelan del porvenir.

Errante peregrino, pláceme, cual los buzos sondean el misterioso Occéano, pararme á meditar la Historia, para en ella inquirir el por qué de todas las instituciones, el por qué de todos los dogmas y creencias, el por qué de todas las revoluciones y catástrofes que, en el tiempo y en el espacio, ha sufrido la Humanidad en su marcha, si penosa, siempre ascendente y triunfal, por la senda del progreso humano.

Y al recorrer la Historia en sus más culminantes períodos, y al abarcarla en grandes síntesis, encuentro, allá en Oriente, la idea de toda Religión, en Grecia, la del Arte, expresión suprema de la Belleza y la Hermosura, y, en Roma, la grande idea de sus guerreros, de sus legisladores y poetas, llamando desde lo alto del Capitolio á todos los pueblos y á todas las razas de la tierra, para realizar la asociación humana por medio de su inmortal Derecho.

Pues asociada á todas estas grandes ideas la más grande y transcendente que, en el orden social, moral y religioso, han presenciado los siglos, la aparición del Cristianismo, con la creencia hermosa y consoladora de un Dios personal y único, justo y misericordioso á la vez, superior á todo y distinto de todo, y la de una mujer-Virgen que quebranta la cabeza de la serpiente y nos redime con su Divino Hijo del pecado, que nos acerca á Dios, restablece la paz y la armonía entre el cielo y la tierra, santifica el hogar y la familia, saca, dignificándola, de la abyecta esclavitud en que vivía, á la mujer haciéndola igual al hombre y dándole la compañía, y decidme entonces si los individuos y los pueblos no deben á esa mujer, que es al mismo tiempo Virgen y madre, pero madre y Virgen pura, impecable y casta como la azucena, el homenaje más puro de su corazón, el culto más ferviente de su alma.

No. No es huera y floja sensibilidad de corazón enfermizo, ni exalta lo misticismo de cerebro desequilibrado, cuando, digo que nunca el pueblo, Valdepeñas, parece más grande y más hermoso, sino cuando de rodillas, bendice y aclama á su patrona, la Virgen de Consolación. ¡Es que el Cristianismo lleva en su entraña, como germen fecundo, inacabable, de toda vida, el culto á tres Divinidades: la Verdad, la Belleza y el Bien, ante las cuales se postra la Sabiduría! ¡Es que la esencia, el alma del Cristianismo, es toda luz, pero luz intensa, radiante, celestial, que como la del sol, deslumbra y ciega á los que la miran de frente! Por eso el Cristianismo dice á los sabios y á los ignorantes, á los poderosos y á los humildes: pensad, inquirid, ese es el fin de vuestra razón excelsa, pero creed. Y á éstos, y á aquéllos, y á todos los hombres: Mi único poder es la hermosura; rendíos ante él; soy la verdad; triunfaré.

Caía la tarde. Los últimos rayos del sol teñían de rojo y oro el horizonte; vibraba el aire de armonías y el cielo aparecía resplandeciente de estrellas; repicaban las campanas y, en la anchurosa plaza, el pueblo, desbordante su corazón de entusiasmo, presencia la vuelta de la Virgen á la Iglesia, después de su triunfal carrera. Llevada la Imagen en hombros de los valdepeñeros, sus hijos, con paso rítmico, solemne, entre los acordes de la música y los gritos de la muchedumbre, la Virgen dá la cara al pueblo. Es el momento supremo, el instante más

conmovero y solemne, es cuando nuestra Patrona está más hermosa; cuando produce mayor admiración; es donde debiera estar siempre; en la plaza, dominándolo todo, teniendo por pedestal el suelo bendito nuestro, coronada de pámpanos y racimos, y por diadema de su espléndida cabellera el cielo azul y estrellado.

Se necesita ser valdepeñero de la más pura cepa, y además artista, para sentir y expresar, claro que de modo imperfecto y borroso, toda la suave y dulce melancolía, el misterioso encanto, la sugestiva belleza, la irresistible y magnética atracción que el ángel tutelar de Valdepeñas, la Virgen bendita de Consolación, ejerce sobre nosotros.

Es que la Virgen lo abarca y sintetiza todo: nuestras alegrías, nuestros infortunios, nuestra grandeza, nuestras caídas, el presente lo pasade, lo porvenir.

En ese momento, embriagada el alma del pueblo por la admiración que le produce su Virgen de Consolación, es cuando más y mejor se vive, cuando más se goza, cuando más se ama. Entonces se agolpan á nuestra memoria todos los recuerdos de nuestra vida, los seres queridos que ya no existen, nuestras madres sobre todo, enseñándonos entre besos y caricias á balbucear en la cuna el nombre bendito de nuestra Patrona, y á cuyo recuerdo rueda una lágrima de consuelo por nuestra megilla y brota de nuestros labios fervorosa oración. Entonces nuestra Patrona, orgullosa del inmenso amor de los valdepeñeros, al verlos postrados á sus pies, enviándola su adiós postrero en besos y suspiros, parece decirles:—¡Bien valdepeñeros! Estoy satisfecha de vosotros.

Ahora, como deuda de gratitud contraída con vosotros, como prenda de mi ardoroso é infinito amor á Valdepeñas, mi cuello, de nácar y marfil, es vuestro; mis labios, de sangre; mis ojos, negros; mi rostro, de una pureza impecable; mi cuerpo, esbelto y gentil, todo es vuestro; os pertenece; os lo doy, porque os amo; amadme siempre vosotros y rendíos también ante el poder de mi hermosura soberana.

Y la Virgen de Consolación, dejando pasar, un rayo de luz diamantina por sus entornados y soñadores párpados, como si quisiera levantar sus manos y sus brazos para bendecir primero y estrechar después contra su corazón á Valdepeñas, realiza la suprema ventura, el eterno y sublime ideal, de amar á su pueblo predilecto, á Valdepeñas, y de ser correspondida por él.

SANTIAGO S. CARRASCO.
Septiembre 1905.

Oración de Aldea

Virgen de Consolación, adorada madre nuestra: virgen de consuelo, alma de dulzura y de azucena.

Sé blámano dulce para nuestras heridas abiertas, para esas tristes heridas que sólo el amor las cierra.

Que tus manos celestiales —manos de jazmín y seda— maternalmente se posen en nuestras frentes enfermas.

Que tus ojos melancólicos —ojos de ensueño y estrella— maternalmente nos miren, adorada madre nuestra;

pues nuestro espíritu siente nostalgias de otra existencia mientras nuestro pobre cuerpo padece sobre la tierra.

Virgen de Consolación, para tu frente serena soñamos una corona de ilusiones y de estrellas.